

# LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE DICIEMBRE DE 1890

NÚM. 9



EL PUERTO DE MEJILLONES

SUMARIO. — NUESTROS GRABADOS: EL PUERTO DE MEJILLONES. MONUMENTO SEPULCRAL DE SIMÓN BOLÍVAR. — CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.* — POESÍAS, por *Eduardo de la Barra.* — LA TABAQUERA (fantasía de verano), por *Lodoiska Maapaká.* — LO ADIVINAMOS (soneto), por *Belisario Guzmán Campos.* — CARTAS JAPONESAS (carta novena), por *El Conde Tehl.* — ECONOMÍA DOMÉSTICA. — VARIEDADES. — PROBLEMAS. — BUZÓN DE «LA FAMILIA»: Correspondencia. Consultas. — FOLLETÍN. — CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN. — INSTRUCCIONES A LOS AGENTES. — SE SOLICITAN REPRESENTANTES. — AVISOS.

## CARTA PARISIENSE

Se abren los teatros. — Necrología. — Personajes ilustres. — La quiromancia. — Don Pedro de Alcántara y el reportaje. — La inauguración del monumento Delacroix. — Una anécdota de Alfonso Karr. — Algunos caprichos de la moda reciente.

París, 30 de octubre de 1890.

SEÑORA DIRECTORA DE LA FAMILIA:

Amiga querida:

Los teatros abren sus puertas y luchan a quién dará más novedades. El otoño es delicioso en París, y así lo

piensan los emigrantes del verano, porque vuelven en tropel para asistir a las primeras representaciones del Gymnase ó del Vaudeville, á la inauguración de la estatua de Delacroix, y, sobre todo se sienten llamados por esa comedia eterna que principia otra vez: la vida parisiense.

Mientras los unos llegan, los otros se van. Cada vacío, aunque no dure más que un minuto, oprime el corazón, sobre todo cuando la muerte nos arrebatara la personificación de la alegría: hablo de Brasseur, el cómico divino, que ha seguido muy de cerca á la Samary, esta artista tan simpática, que juntas hemos aplaudido en el Teatro Francés. Tan grande fué la emoción pública al saber el fallecimiento imprevisto de la pobre Samary, que todavía hablan de ella.

También se ha ido Alfonso Karr. Se ha muerto de una pulmonía que agarró un día lluvioso, mientras pescaba. Aunque tenía ochenta y dos años, no quería renunciar á su recreo favorito, la pesca, y era él quien conducía su bote con ardor juvenil. Su casita, llamada *Maison close*, era bien conocida en San Rafael, departamento del Var.

Hablemos un poco de los vivos. Á

mis graciosas lectoras les gustará tal vez saber que la señorita Jeannine Dumas acaba de casarse con el vizconde de Hauterive, que el matrimonio fué bendecido por Monseñor Hulst y que Gounod tocaba el órgano durante la ceremonia.

A propósito de Dumas, te diré que ahora se da en cuerpo y alma á la quiromancia; ha estudiado la mano humana con el capitán Arpentigny, y lee en ella lo mismo que en un libro abierto.

El misticismo gana terreno; es increíble el número de afiliados con que cuenta en los salones el espiritismo, el *teísmo*, etc., etc. No se habla más que de *teosofía*, y los *teósofos* tienen una sociedad bastante poderosa y una publicación oficial: *El Loto Azul*. Ridículo todo eso, y más ridículo es que personas sensatas se ocupen de tonterías semejantes.

Don Pedro de Alcántara acaba de arrendar una bonita casa en el parque de Clagny, en Versalles. Allí, las noches de luna, por poco poético que sea el ex emperador, debe evocar la sombra graciosa de madame de Montespan. Allí también recibe visitas innumerables, y los *reporters* no son los más es-

casos. Uno de ellos me ha contado que el simpático soberano los acoge con amabilidad exquisita. Su palabra es pausada, benévola, amable, y se deja interrogar con gusto.

—¿Por quién votará usted en la próxima elección académica?

Y el emperador para en revista los candidatos. Para el primero tiene un epíteto honroso, una restricción para el segundo. Si el repórter ha traducido bien el pensamiento de don Pedro, creo que el señor de Bornier es su favorito.

El emperador ha visto *La Fille de Roland* en el Teatro Francés y se ha retirado encantado. Y los repórteres han cogido al vuelo sus impresiones. . . Cuando éstos no tengan nada de nuevo que referir, harán el viaje á Clagny y preguntarán á don Pedro:

—¿Qué piensa usted del monumento de Delacroix?

—¿Qué dice usted de la obra maestra de Dalou?

—¿Qué sentimiento le inspira la *Salammbó* de Reyer?

—¿Irá usted al matrimonio de la señorita C.?

Y el hombre muy amable y muy distinguido que la Francia tiene el honor

de hospedar contestará á todo con gusto. Después de haber reinado sobre un gran pueblo, no tendrá más ambición que la de charlar con sus visitantes, de dar su parecer sobre las obras de arte y las sesiones académicas.

Si don Pedro de Alcántara ha dado su opinión sobre el monumento erigido en el jardín del Luxemburgo á Eugenio Delacroix, debe de ser toda de alabanzas para el eminente escultor Dalou, porque aquella es una obra de arte verdaderamente magnífica.

El busto parece animado por el soplo de la vida. Y debajo, sobre una gradeña de mármol, el Tiempo alado levanta en sus brazos á la Gloria, representada por una mujer graciosa que tiende hacia el busto las palmas del triunfo póstumo. Más abajo, Apolo con la fisonomía iluminada por divino gozo, hace el ademán de aplaudir con sus dos manos abiertas.

Y ¡qué bien elegido el lugar donde se levanta esta obra maestra: el jardín amado de los artistas y de los poetas, en medio de ese barrio donde hierven todas las esperanzas de una juventud que estudia y que trata de abrirse camino!

La inauguración ha sido espléndida. Todo lo que París tiene de eminente é ilustre estaba representado ahí.

\* \*

Ya que hablo del busto de Delacroix aprovecharé la oportunidad para decir dos palabras acerca del gran pintor que tiene en Chile tantos admiradores y de quien existen allá algunas obras.

Toda su vida fué una existencia de labor desenfadada. Era él quien decía: «Si no tienes iglesia que decorar, pinta las murallas de la calle». Experimentó, durante toda su carrera, el amargo dolor de no ser comprendido. Indudablemente, tenía sus fanáticos, lo mismo que sus precursores; pero el sufragio incontestado y cariñoso, le faltaba por completo. Uno de sus amigos afirma que el artista hubiese decorado de balde la casa de cualquiera que le hubiese dicho: «Le admiro».

Alfonso Karr cuenta, en uno de sus libros, que Delacroix, no teniendo dinero para pagar el marco de su primera tela, *Dante y Virgilio en los infiernos*, había hecho poner al rededor de su cuadro tablas embadurnadas de cola de pescado, sobre la cual había esparcido, como si fueran polvo de oro, limaduras de cobre. Porque un cuadro sin marco no era recibido en el Salón del Louvre.

El día de la inauguración, Delacroix buscó su cuadro en vano. Lo buscaba en las pequeñas salas, donde se ponían las obras de los principiantes, y como no lo encontrase, empezaba á desesperarse, cuando un guardián le dijo:

—¿Es usted quien ha mandado una tela con marco de tablas groseras? No han querido admitir ese marco de nueva especie. El señor Gros ha mandado hacerle uno más adecuado, y ha exigido del señor de Forbin-Janson que su tela, que encuentra hermosa, sea colocada en el salón cuadrado.

¡El salón cuadrado! ¡El salón de honor!

¡Un principiante! ¡Qué dicha! Delacroix corrió conmovido, donde el barón Gros. Éste lo recibió entreabriendo la puerta, con una paleta en la mano.

—¿Quién está ahí?

—Yo, señor.

—¿Quién es usted?

—Delacroix.

—¿Quién es Delacroix?

—¡El que ha expuesto el cuadro que usted ha hecho cambiar de marco!

—¡Ah! Sí, una chalupa...

—*Dante y Virgilio*...

—En fin ¡una chalupa! ¡Eh! ¡eh! No es del todo malo. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años.

—Pues, á los veintitrés años, usted pinta como un maestro y dibuja como un puerco. Aprenda á dibujar.

Y el autor del *Campo de batalla de*

*Eylau*, dejó á Delacroix agradecido, pero perplejo.

Más tarde, cuando Delacroix expuso *La Matanza de Scio*, encontró delante de su tela al viejo artista. Entonces se aproximó y lo saludó.

—¡Señor! dijo el barón Gros, bruscamente, no basta saludar á la gente, es preciso saber dibujar. ¡Aprenda á dibujar!

¡Pobre barón Gros! Delacroix pasaba sus horas dibujando, dibujaba de todo, hombres, leones, medallas antiguas.

—No se sabe nunca nada, decía ese hombre de genio.

Hoy día hay muchos pintores que no tienen genio y que creen saberlo todo. Esos no dibujan ni pintan, y sin embargo, *venden* más en un año, que Delacroix en toda su vida.

\* \*

Voy ahora á darte, á la ligera, algunas nociones de la moda más reciente.

No basta tener un vestido, una capa, un sombrero de última novedad; todavía es menester que los varios detalles no produzcan, en el conjunto del traje, una nota discordante.

El reloj se lleva ahora en una pulsera de cuero, ó si no de metal; también se lleva colgado á una cadenita que termina con una bola; entonces el reloj se desliza en el corpiño por la descodatura; en fin, si se prefiere la cadena que un gancho sujeta al pecho, allí se puede igualmente poner el reloj.

Ningún objeto se cuelga á la cintura, aunque sea abanico ó antejo duquesa; una cinta sencillamente atada sirve para llevar el abanico al brazo, una cadenita de oro, delgada como si fuese un cabello, sostiene el antejo duquesa al rededor del pezcuelo.

Sólo en el tercero, ó bien en el cuarto dedo de la mano se pueden colocar anillos.

Nunca se llevará en la mano el pañuelo ni la carterita; los dos objetos se deben colocar en los bolsillos del vestido.

Con un traje de ciudad, destinado á visitas ceremoniosas que se hacen en carruaje, no se lleva sombrero redondo, ni tampoco una de esas sencillas capotas que completan el traje-sastre, pero sí una capota bordada de oro ó adornada de grandes penachos.

Con el traje-sastre, es decir con el traje destinado á andar en el comercio, el zapatón rebajado no se usa; este traje impone la bota de chagrí negro. Para el traje de visita las botas deben ser de cabritilla, y los guantes de piel de Suecia de media tinta, ó también de cabritilla clara. Y para los paseos matutinos, los guantes de Suecia deben llevarse de color oscuro.

Los zapatones se usan en la casa con trajes de comida, de tertulia, de baile, y su elegancia es graduada según las circunstancias en que figuran. Para las comidas: zapato recortado de cabritilla, y para baile, de raso del mismo color del vestido.

Las joyas que se llevan en el día son joyas de fantasía, y lo más que sea posible, objetos útiles: el reloj en la pulsera, la lapicera de oro colgada á una cadenita al lado del frasquito de olor, el todo sujeto por un gancho que pende del pecho.

Hasta la forma del corsé cambia según el traje: el corsé puesto por la mañana es el corsé de reposo; sin barbas duras y con elásticos. El corsé con el cual se pone el traje de salida no es tampoco el mismo que el que se usa con los trajes de tertulia ó de baile. Por eso es menester acostumbrarse á elegir estos objetos conforme al destino que se les da.

Y me despido hoy, querida amiga, porque noto que mi carta se ha extendido demasiado.

Siempre tu amiga

AMBROSINA C.

## HÉSPERUS

Venus, pequeño mundo, astro glorioso como ninguno alumbraba, sea el Héspero hermoso de la tarde sea el Lucero que á brillar madrugaba.

Tal como ese astro entre los altos soles tu, para mí fulguraba con más claro esplendor, que eres el centro á que ligué mi vida y mi fortuna.

De nuestra vida en la mañana fresca vi brillar tu hermosa cara, como el Lucero que en el cielo surge y el sol que llega esplendoroso anuncia.

Vino el sol y pasó, y ahora luce tu cana frente pura como el Héspero, huésped de la tarde, y con luz apacible mi alma inunda.

Lucero matinal del alma mía, Héspero que me alumbra, ¡oh, dulcemente mi vejez encanta y ven después á acariciar mi tumba!

30 de noviembre de 1889.

## LA REINA DE LA NOCHE

I

—¿Qué flor es esta que entre espinas nace blanca como la nieve? En su cáliz perfumes exquisitos bebe ávido el ambiente; más, su corola abierta de cien pétalos, inclinada á cerrarse me parece.

—Esta flor es la *Reina de la noche*; abre un instante, y entre espinas muere.

II

¡Oh, Reina de mis días, de tu fugaz amor tal fué la suerte: abrió como esa flor, luego entre espinas vivió un instante breve, grato perfume me dejó en el alma, y halló en tu corazón temprana muerte!

¡Hoy, que esa blanca flor no habrá existido al tocar sus espinas, me parece!

Marzo de 1890.

## Á FELICIA

«Á los hombres serví, y en cambio ahora sin razón ni motivo ellos me ultrajan!» Así en la soledad, bajo de un árbol triste un anciano exclama, y el árbol al mirarlo, enternecido una lluvia olorosa de blancas flores á sus pies derrama.

Yo soy, Felicia, el viejo caminante que va al ocaso, el alma lacerada, y la amistad el árbol generoso que tiende á mi dolor sus verdes ramas. ¡Ah, que las flores tuyas en lluvia fresca aromaticen mi alma.

E. DE LA BARRA

## LA TABAQUERA

Fantasía de verano

I

Á Enrique Lareda le fastidiaba ya la vida de soltero, iba á decir de solterón. El indiscreto espejo le había acusado canas en el bigote; sus cabellos se tornaban más finos cada día, y el último invierno había sentido con espanto, en la pierna izquierda, las caricias de un reumatismo prematuro.

¿Por qué no me he de casar? Pues, me caso, y no hay más remedio, calculaba Enrique, mientras que, sentado delante de su mesa solitaria, saboreaba con delicia una taza de aromático café. Una esposa querendona, que me espante la murria, me tiña esas feas canas, me haga dichoso, en fin, ¡qué dulce ensueño! Una mujer á quien yo sirva é idolatre... una mujer que... una mujer á la cual... vamos... una mujer mía, exclusivamente mía... fiel depositaria de mis pensamientos, indulgente moderadora de mis caprichos, dulce ninfa Egeria de mis imaginaciones, ¡qué horizonte tan encantador!

Ya me veo paseándola debajo de los árboles frondosos de la Alameda, recorriendo con ella las tiendas, á fin de

eligirle las novísimas preciosidades de la moda, ó delirando al lado suyo en el cerro Santa Lucía, una de esas hermosas noches de luna... Sí, lo que escuchas es su melodiosa voz, insinuante y tierna... ¡Idilio sin igual!

Y después, el regreso á nuestro nido, donde he amontonado á porfía flores, esperanzas y dulzuras... ¡Hay en la tierra felicidad como la que yo siento!

En estas reflexiones se hallaba nuestro amigo Enrique cuando su mano, introduciéndose maquinalmente en el bolsillo de su pantalón, extrajo de él una tabaquera de laca, historiada con fantasías japonesas, uno de esos tientos de perfume ambiguo, detestable para los profanos, celestial para los devotos de esa materia polvorosa, húmeda y negruzca que algunas gentes apellidan *rapé*, y con singular delicadeza puesto entre el pulgar y el índice, un polvo del oscuro tabaco fué trasladado desde la tabaquera á la nariz. Era ésta una bonita nariz griega, esculpida con primor, nada aparente, por cierto, para servir de almacén á esa antipática sustancia. Apenas introducido el polvo en el orificio nasal, Enrique husmeó profundamente; de sus ojos grandes y expresivos brotaron lágrimas de ironía, su rostro dibujó ligerísimas contracciones, las ventanillas de su nariz se dilataron, su cuerpo tuvo un movimiento brusco, y una serie de estornudos catastróficos tronaron en el elegante comedor.

Víctima, á los veinte años, de una pituita tenaz, un viejo achacoso le aconsejó el uso del rapé. Principió por burlarse del consejo, después aceptó un polvo, de puro curioso, luego dos, tres, cinco, y así se fué habituando poco á poco, hasta que llegó la tabaquera á constituir parte integrante de su aromadizada humanidad.

Entonces, si se casaba ¿cómo lograría concluir con esa costumbre inherente á su salud, á su bienestar, á su reposo? ¿Cómo se atrevería á confesar á su esposa un vicio tan desheredado de elegancia, tan impropio de los treinta y cinco años que llevaba áuestas? Nó, eso no era posible. Porque, en fin, tomar rapé es sin duda un placer olímpico para el aficionado, pero ¿para el vecino, para el simple mirón, para una mujer sobre todo...? Nó, nó, en el ajuar de un nuevo matrimonio no tenía colocación posible la tabaquera!

Iba Enrique á dar más vuelo á sus cavilaciones, cuando el mozo le trajo un telegrama.

Su mejor amigo le anunciaba con él su próximo arribo á estos cuarteles. Esta visita, esperada desde mucho tiempo atrás, tenía que ser recibida con toda ceremonia. No solamente se trataba de un buen amigo, sino también de un amigo perdido de vista durante un regular número de años.

LODOISKA MAAPAKÁ

(Concluirá)

## LO ADIVINAMOS

SONETO

Los labios callan; pero tú adivinas por qué te siguen por doquier mis ojos; por qué en dichas se cambian mis enojos, merced á tus sonrisas peregrinas;

por qué cuando á estrechar tus manos finas, llevo, mi palidez torna en sonrojos; por qué, reina de mi alma, á tus antojos, al placer ó á la pena tú me inclinas...

Y yo adivino... Rosas y claveles guarda en tu pecho, y prueba si es posible ocultar el perfume regalado...

¡Libre saldrá por más que lo encarceles! Tal se revela tu pasión sensible: ¡porque el amor no puede estar guardado!

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, 1872.

# LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE ENERO DE 1891

NÚM. 10



MATANDO EL TIEMPO

ron, igual que ahora, la pureza y sinceridad de tu alma. Se puede leer en ella hasta el último pensamiento escondido en sus pliegues.

Nunca has conocido otro placer que formar de tu hogar un vergel y de tus padres el ídolo de tu amor.

¡Bendita seas tú que llenas como hija el más sagrado de los deberes!

Dios te ha hecho dueña de la preciosa copa de la felicidad; por donde quiera que vayas derramas á manos llenas ese líquido envidiable.

¿Cuántas veces hemos pasado largas horas pensando en el porvenir? Sólo he notado que tienes gran distancia al matrimonio y especial preferencia al claustro. ¿Por qué no me lo he explicado nunca?

¿Tal vez en esa alma ha pasado alguna pequeña nube que ha oscurecido el cielo de tu dicha?

Ojalá que no; ¡es tan triste ver deshojarse en la primavera de la vida las flores del amor y las brillantes ilusiones!

¡Ay de la mujer que pierde en los primeros años las ilusiones!

En vano se esforzarán riquezas, honores y demás atractivos para hacerla despertar de ese semi letargo en que su alma está sumida. Marchará como un esqueleto cargado de joyas; pero al penetrar en su corazón veremos una tumba helada é incapaz de sentir la más pequeña emoción.

La vida sin ilusiones es como una mujer sin corazón, como una planta sin savia.

Tú que eres vehemente y soñadora, que te entusiasmas hasta con las gotas de rocío que bañan las flores, en fin, que tienes cualidades tan difíciles de encontrar en una mujer, no me negarás que es muy triste la vida sin hacer de ella un campo precioso, y de nuestro porvenir un cielo puro y tranquilo.

Siempre que te veo alegre y juguetona, disputando frescura y lozanía con las flores que coges á tu paso, cantando á dúo con los tiernos pajarillos, comprendo que la felicidad en su mayor parte depende de nuestra voluntad. Muchas veces nuestro corazón se siente oprimido porque quisiera reposar en un lecho de rosas, no pudiendo alcanzar más que uno de espinas. Está ahí nuestra principal tranquilidad y bienestar.

Te veo resignada y serena en un risueño pueblo, pudiendo con tus méritos haber sido una preciosa y delicada flor de los más elegantes salones. ¿Por qué? Nada más sencillo: posees humildad y no necesitas deslumbrar en medio de la sociedad, que eso no deja provecho. Cambias este honor por la gloria sin rival de las repetidas gracias que diariamente te son dadas por los pobres á quienes haces tanto bien. Eres la humilde violeta de los bosques que con su perfume hace la felicidad de los que la rodean.

¡Felices las madres que, al dar á luz hijas como tú, hacen resplandecer la dicha en el hogar tranquilo! Eres ese rayo de sol tibio que nos embriaga de placer en el invierno de la vida. ¿Quién podrá conocerte sin amarte, cuando tú hablas á los ojos y al corazón?

Vive tranquila, mi dulce Elena, rodeada de tan espléndidos regalos que la Providencia quiso darte al nacer; tus amigos, lejos de sentir envidia, te ayudarán á bendecir la divina mano que tanto te distinguió y que hizo en ti á la amiga buena y virtuosa que sabe mantener ardiente el fuego de la amistad.

Te pido sólo que no desvíes el rumbo de la barquilla que manejas; parece á veces que quieres anclarla en el altar de la penitencia, siendo que puedes ser el encanto de tu hogar y el ejemplo de muchas de tus compañeras. No sólo en el encierro se encuentra la virtud, es necesario salir al encuentro de las mil dificultades que hay en el mundo para que nuestro triunfo sea mejor.

No olvides esto, y piensa que puedes ser la estrella de muchos en la tierra.

VIOLETA

## CARTAS JAPONESAS

## CARTA DÉCIMA

Querido marqués y buen hermano:

Me propongo hablarte hoy de la vida social y artística en este país.

No volveré á insistir acerca del origen de las categorías ó castas en que esta comunidad se divide, punto sobre el cual te considero suficientemente informado. Básteme recordarte que ellas son tres, la aristocracia, el medio pelo y el vulgo. Aun cuando, conforme con lo que en anteriores cartas te he expresado, no hay una demarcación precisa entre esas diversas clases sociales, se pueden generalizar ciertos conceptos que las caracterizan y deslindan. Si no me equivoco, te he dicho ya en otra ocasión que á la aristocracia pertenece la alta dirección política del Estado, y la explotación de grandes empresas mineras, agrícolas y bancarias; al medio pelo, el menudo funcionarismo de gobierno y el comercio de segunda mano; al vulgo, las artes mecánicas, y el trabajo rudo material.

Voy ahora á entretenerte con unas pocas observaciones relativas á la sociabilidad del pueblo chileno, contemplada en cada una de las categorías á que me he referido.

La clase superior, ó patricia, es de ordenario opulenta, sin que esto implique, de manera alguna, que todas las personas ó familias que la componen deban serlo, para tener derecho de ciudadanía en ella.

Los miembros de este estado social viven por lo común en soberbios palacios, de los cuales he visto diez ó doce que rivalizarían ventajosamente con los más suntuosos edificios de cualquiera ciudad europea de segundo orden. En esas mansiones reinan el lujo y la ostentación como deidades soberanas. Se penetra ahí por un pórtico más ó menos imponente, se atraviesa en seguida una mampara de fino cristal, y se llega á una especie de vestíbulo adornado á veces con pinturas, otras con mosaicos, las más con sencillos frescos que imitan la ornamentación pompeyana. A ese vestíbulo dan las puertas de entrada á los salones de recibimiento. Son salas de regulares dimensiones, provistas de mullidas alfombras, — la alfombra no falta nunca en un salón chileno, — de muebles lujosos y de mucho valor comercial, casi siempre al estilo de Luis XV ó de Luis XVI, pues el gusto de los nababs de esta tierra no retrocede nunca más allá del siglo XVIII; de relucientes lámparas y candelabros, espejos con muchas doraduras, jarrones y porcelanas muy vistosos — los de China, de Dresden y de Sevres legítimos, son raros, — cortinas de brocado ó felpa, gruesas y pesadas, de menos mérito que precio, y una multitud de fruslerías que cuestan mucho y nada representan.

Los salones que te describo dan también á la calle; más adentro, en torno de uno, dos y hasta tres patios, se hallan las habitaciones privadas, la sala de billar, la biblioteca, el comedor, los dormitorios, y por último las piezas destinadas á la servidumbre y demás. Los aristócratas que carecen de bienes suficientes para mantener en pie de elegancia todos los departamentos de su casa, empiezan, al revés de nosotros, por echar todo el lujo en las habitaciones cercanas á la calle. Hacia el interior va disminuyendo el cuidado y el orden, y entronizándose el descuido y hasta el desaseo. Esto se debe en gran parte á la desidia de los sirvientes que, contrariamente á lo que pasa en el Japón, tienen una participación exagerada en la administración doméstica.

El medio pelo reside en viviendas más modestas en que se nota el esfuerzo por parodiar á las más grandes. El gasto ahí es comunmente superior á las entradas, y como, por un sentimiento peculiar á la nación que visito, las gentes parecen no vivir para sí, sino para la galería, la condición económica del me-

dio pelo es en muchas casas precaria; se sacrifican á lo superfluo, la comodidad, la higiene y aún lo indispensable.

Si de esta categoría social descendemos al vulgo baladí, caemos en los dominios de una falta absoluta de régimen en cualquier orden de ideas: ahí, lo que se gana en ocho días se gasta en uno solo; el marido se bebe en un par de horas, — disculpa el modismo, — el pan de una semana; los chicos andan inmundos, la mujer se vé andrajosa, y en la morada común, todos viven revueltos en un cuarto mal ventilado y estrecho, donde se violan todas las leyes de la salubridad y de la decencia.

Desde que el pueblo es fatalista y dado á la rutina, me parece que el gobierno debería gastar una actividad mayor en sacarlo de esa condición miserable.

Tratándose de la conservación y del perfeccionamiento de una sociedad civilizada, soy de opinión que el régimen de autoridad es liberal y humanitario.

\* \*

La vida artística carece en Chile de colorido nacional; realmente no tiene colorido ninguno. Empeñado todo el mundo en ganar dinero por los medios más rápidos y fáciles, se presta poca atención al desenvolvimiento del arte y de las letras. Prueba de esta deficiencia es el hecho notorio de que ningún ciudadano vive aquí del cultivo de las artes puras. Para no morir de hambre el pintor tiene que decorar la morada de los ricos; el literato, que poner tienda ó vivir de un empleo; el músico, que dar lecciones y tocar en los bailes. Cuando no son acaudaladas, á pesar de su genio ó talento, dichas personas forman una casta social muy curiosa, la de los bohemios ó gitanos de la inteligencia.

Es lástima que un país tan notable bajo numerosos conceptos sea tan indiferente ó irrespetuoso para con las dotes y las producciones del espíritu.

El pueblo, en general, es aficionado á los espectáculos teatrales. Tiene disposiciones para la música, pero sólo ahora se comienza á cultivar su gusto, mediante la nueva y excelente organización de un Conservatorio que el Estado costea. Puede, y lo deseo vivamente, que no demore en llegar el día en que el gobierno, inspirándose en el axioma: «no se vive únicamente de pan y carne», funde y subvencione de un modo eficaz una academia dramática y una academia lírica, medios seguros de moralizar á las clases bajas y de abrir un cauce á la producción intelectual de los hijos de Chile. Entiendo que proyecto semejante está en estudio, lo que es muy digno de aprobación y aplauso.

Hasta ahora la clase privilegiada ha ido á escuchar óperas y operetas italianas en el soberbio coliseo que la capital posee. El teatro de mi referencia es una atrevida obra de arte, y hace honor á la ciudad. Bajo un punto de vista, á lo menos, la disposición de los palcos, es superior á cuantos he visitado, la Ópera de París inclusive.

Lo frecuente igualmente el medio pelo, que tiene su sitio designado en las aposentaduras más altas.

El pueblo pobre, que no penetra ahí por lo exorbitante de los precios, acude á los teatros de zarzuela, y á los circos, que de cuando en cuando vienen á exhibirse aquí. Esos espectáculos, las más de las veces de muy mala calidad, ningún provecho dejan al espectador, ni siquiera le enseñan algo nuevo; la masa del público los favorece por falta de otros, atraída por las declamaciones de un programa fantástico, y por la modestia de la entrada.

\* \*

Las familias ricas dan bailes en sus casas, y á ellos acude una concurrencia nutrida. No me detendré en la descripción de esos saraos, de los que ya te he enviado en otra carta una muestra.

También concurren á las fiestas que

les ofrece una sociedad filarmónica que aquí existe.

Se visitan mucho, unas á otras, y si bien se ha introducido en determinadas casas, la costumbre francesa de tener un día fijo para recibir, tal regla no excluye las visitas en los demás días. En Chile se vive, más que en otros países, en casa ajena.

Las personas acomodadas hacen éstas y sus demás diligencias en coche propio, para lo cual la municipalidad previsora ha empedrado cuidadosamente las calles centrales. Los vecinos de los arrabales andan á pie; los hay que no gastan zapatos: de ahí la inutilidad de proporcionarles un piso conveniente.

El medio pelo también tiene sus fiestas; ordinariamente celebra el santo del dueño de casa y el de su esposa. Los domingos recibe visitas, cuando no sale á pasear al Parque, á la Quinta, ó al Cerro de Santa Lucía, bonitos lugares de recreo, que no me parecen contener todos los atractivos que uno pudiera imaginarse. Esos sitios se prestan admirablemente para la instalación de espectáculos populares. No sé que se haya pensado en tal proyecto.

El artesano, el obrero, el bracero, carecen, por decirlo así, de puntos de reunión al aire libre. Sea dicho en honor de los artesanos, mediante su inteligente iniciativa se han constituido en sociedades mutuas y en centros libres, en cuyo seno ellos y sus familias hallan solaz y culta diversión.

Pero el pueblo inferior no tiene más distracción que la bebida: el alcoholismo es su favorito pasatiempo. La reglamentación autoritaria de las tabernas y otros establecimientos que explotan el vicio, es un vehemente anhelo de los higienistas, pero poco se ha hecho hasta ahora en el sentido de implantarla.

En resumen, si no me he explicado mal, te habré dado la idea de un pueblo que tiene mucho todavía que recorrer en la senda del perfeccionamiento artístico, y no poco que morigerar en sus hábitos privados. Afortunadamente hay en el corazón de las clases cultas y educadas el vivo deseo de mejorar la condición de las más infelices, y con la ayuda de Dios, conseguirán realizarlo.

En el fondo del alma, tuyo

TCHI

## LA TABAQUERA

Fantasía de verano

\* \*

(Conclusión)

Pablo Jiménez era soltero, lo mismo que Enrique; con él había estudiado en la Universidad santiaguina. Después, se había lanzado en medio de especulaciones audaces, había perdido y recuperado una fortuna, y por último, había llegado á ser el más rico industrial de la provincia de Aconcagua, donde vivía con su madre y su sobrina. Y si ahora volvía á Santiago después de ocho años de ausencia, lo hacía para complacer á Elisa Brandwit, su sobrina y pupila, quien rogaba á su tío con majadera insistencia que la llevase á la decantada capital.

Al fin llegaban. Enrique, rejuvenecido por la noticia, se apresuró á elegir en el hotel más cómodo de Santiago un bonito departamento para su amigo y la joven viajera; dispuso él mismo la primera comida y se encaminó, por fin, al encuentro de los forasteros, que debían venir, salvo accidente, en el tren de las seis.

II

—¡Mi pobre viejo, cuánto gusto de volverte á ver! Francamente, no has cambiado nada, te encuentro siempre el mismo; tú eres joven todavía; mientras que yo... el trabajo, las inquietudes de los negocios, el sol del norte me

han encanecido y encorvado antes de tiempo...

Decía verdad el amigo Pablo. Parecía diez años mayor que Enrique, aunque de tres, á lo sumo, era la diferencia entre sus nacimientos. Los dos hombres se abrazaban de nuevo, dichosos de volverse á encontrar.

En la mesa, Elisa no se cansaba de manifestar su alegría.

—Al fin he conseguido venir á Santiago, y aquí estoy, y no me marcharé tan luego; ténlo por seguro, gran tío. Don Enrique, confío en su galantería para guardarnos lo más posible. ¡Ay! qué días tan agradables voy á pasar aquí...

Y mientras charlaba, sus dientecitos de ratón, nítidos como la nieve, hacían destrozos en las golosinas allí acumuladas.

Era una muchacha adorable; bonita nó, pero simpática, buena, cariñosa. Iluminaban su rostro, un poco irregular, dos ojos pardos, tan alegres, y al mismo tiempo tan benévolos y tan límpidos, que ellos, por sí solos, constituían una hermosura. Luego, su manera de vestirse no tenía nada de vulgar ni de provinciano.

Su traje sencillo y de buen gusto, habría despertado la envidia de más de una santiaguina; su mano, bien cuidada, era blanca y gordita, verdadera mano de abadesa, y ninguna mujer sabía como ella arreglarse con un trapo, una flor, un retazo de cinta. Era de mediana estatura; su cuerpo, esbelto y gracioso, tenía el donaire y la flexibilidad de la palmera.

Enrique la encontraba risueña, viva, agradable, y en esa niña de veintidós años desconocía á la chiquilla que muchas veces había visto en casa de su amigo en la época de vacaciones.

Esa noche, Enrique abandonó temprano á los viajeros, porque necesitaban descanso, pero no se despidió sin haber formulado mil proyectos para el día siguiente.

En los sucesivos, nuestro héroe encontró encantos en cada hora de su existencia. Atento *cicerone* del tío y de la sobrina, por la mañana, antes que apretase el sol, estaba cerca de ellos, y en la noche no los dejaba sino cuando el sueño lo exigía.

Llegó el mes de septiembre; la primavera se anunciaba alegremente; la naturaleza despertaba dichosa, coqueta, y sonreía á los corazones puros. Santiago se asociaba á esa fiesta del tiempo y se apercebía para las diversiones del Dieciocho; todos los buenos ciudadanos hacían pintar su casa, barnizar sus puertas, adornar sus patios; los tenderos lucían en sus escaparates seductoras telas, que atraían más de una ardiente mirada de niña; las calles del centro rebosaban de madres de familia, las cuales, seguidas por un escuadrón de mocosos, iban á comprar zapatos á éste, sombrero á aquél, el primer trajecito de hombre al nene de cuatro años; todos, en fin, parecían gozar de la vida bajo la luz dorada de ese sol radiante, al lado de ese renacimiento bienhechor de los árboles y de las flores.

Nuestros tres amigos participaban también del regocijo universal. Habían ido á la Quinta á visitar la Exposición, y antes de subir al coche que debía conducirlos al centro, se habían sentado en uno de los bancos que existen á orillas de la laguna.

Hablaban de los principales cuadros del concurso. Elisa, que poseía una alma de artista á la vez que un privilegiado talento de pintor, causaba mucho embeleso á Enrique por la precisión de sus críticas y el sentimiento exquisito de sus apreciaciones. Esa niña se imponía al corazón de sus amigos; cada día su espíritu revelaba un nuevo tesoro, su alma una nueva virtud.

Lareda, en busca de mujer, no podía dejar de enamorarse de esa deliciosa creatura. Pablo advirtió aquello, pero calló, esperó y se alegró de la expectativa de un matrimonio entre su sobrina y su mejor amigo.

En cuanto á Elisa, ¿debemos decirlo? hallaba á Enrique muy de su gusto y de fijo había notado la impresión que ella había producido en el alma del joven. Más prosaica que romántica, cada vez que había contemplado el matrimonio, no había visto en sus ensueños un joven con patillas rubias y con la frente melancólica, ni tampoco un brillante caballero, favorito de todas las mujeres, y rey de todas las fiestas, nó. Ella deseaba casarse con un hombre honrado, bueno é inteligente, que supiese llevar con amor el título de esposo y de padre.

Enrique, pues, se presentaba como el arquetipo soñado por su imaginación de mujer positiva. Tenía el mozo buena figura, maneras distinguidas y un aspecto juvenil que acercaba sus treinta y cinco años á los veintidós de la joven.

Una tierna familiaridad se había establecido entre ambos, y cuando los volvemos á encontrar en la Quinta, sentados á la sombra del gigantesco sauce que presta tanta poesía á ese sitio amoroso, difícil nos es admitir que esos dos seres son apenas conocidos de ayer. Y, punto importante, hace veinte días que Enrique se esconde para tomar su querido rapé; sí, señor, se esconde hasta de su sirviente; hasta del gato de la casa. Pero, en cuanto á dejar completamente su tabaquera, eso nó; no podía resignarse á tan dura extremidad... Y en sus noches de insomnio, provocado por la lucha de su amor hacia Elisa y de su afición al rapé... este último salía siempre triunfante.

## III

—Pero, en fin, don Enrique, no puedo comprender la razón de su celibato. En Santiago, conocido de todos y seguramente buscado por más de una niña, ¿cómo puede usted conformarse con su vida solitaria?

—Es que todavía el dardo aquel no me ha tocado, señorita; y ahora temo mucho que si mi corazón llega á latir de veras, esos latidos no encontrarán respuesta en otro pecho.

Y mientras concluía tímidamente su frase, su pobre corazón tocaba fuerte redoble en la tabaquera, precisamente colocada sobre él.

Elisa comprendió, se sonrió, no se turbó; sólo un rayo de felicidad encendió sus ojos y los puso más lindos que nunca.

—¿Y me decías, tío grande, que tu amigo no era sentimental!

—No lo escuches, contestó maliciosamente el tío, es un farsante... Yo sé que no se casará jamás, porque temerá dar una rival á su esposa.

¡Una rival! Al oír estas palabras, Elisa palideció de un modo horrible, al mismo tiempo que Enrique, confuso, atontado, repetía instintivamente:

—¡Una rival! ¡Una rival!

—¿Y la tabaquera, mi viejo? ¿Te imaginas que la he olvidado? que no me acuerdo de lo que me decías cuánto há: No me casaré nunca, uso rapé?

—¡Ah! el señor usa rapé, exclamó por fin Elisa, á quien los bonitos colores no volvían... ¡Vaya!... ¿Quién lo hubiera creído?

Después, levantándose:

—Tío, ponte á mis órdenes, tengo el estómago exigente. Señor Lareda ¿come usted con nosotros?

En un minuto, Lareda había mudado de semblante, de color, de esperanzas. El pobre mancebo siguió humildemente al tío y á la sobrina. Parecía un pariente vergonzante á quien se iba á dar una limosna.

El tío Pablo se divertía mucho, barbas adentro. Sólo él hizo honor á la comida; Elisa, nerviosa y fastidiada, lo encontró todo malo, y se retiró muy pronto. Permaneció despierta hasta muy tarde, y ella que no lloraba nunca, bañó sus deliciosos ojazos en un mar de lágrimas.

## IV

—¿Qué hay, chiquilla? Tienes mal semblante, le decía su tío, la mañana

siguiente; Santiago no te prueba bien, partiremos cuando quieras.

—Eso es, tío, partamos. Esta vida ociosa, irritante, no conviene á mi temperamento; tengo ansia de volver á mis ocupaciones, á mi jaula, á mi jardín, á mi bordado; vámonos.

—¿Y Enrique?

No trató de ocultar su pesar la cándida niña, y con voz débil suspiró:

—Sí, lo quería mucho, lo quiero todavía, y creo que me será muy difícil olvidarlo.

—Vamos, vamos, chica, ¿qué es eso? tú lo quieres, él te quiere...

—¿Y la tabaquera, tío?

—¡La tabaquera! La tabaquera te va á servir más de lo que te imaginas; ella será prenda segura del amor de Enrique. Muchacho más sincero que él no he conocido; es decir que si te ama como lo mereces, el día que pida tu mano habrá renunciado á su tabaquera, y si no puede decidirse á eso, entonces, hijita, no tengas pena: Enrique no te habrá amado lo bastante.

—Y tú, tío, ¿dejarías de fumar tus cigarros puros para casarte con una mujer que te gustase?

—¡Hum! ¡Hum! ¡mis cigarros! Á fe, hijita, que no podría realizar sacrificio tan enorme; nó, nó, me sería imposible, porque al cabo mi *Cabañas* y *Carvajal* me serviría de consuelo en un apuro, mientras que una mujer...

—¡Ay! gimió entonces la pobre Elisa, Enrique debe de pensar lo mismo que tú, y seguramente que no me amará lo bastante para sacrificarme su rapé. ¡Qué lástima! El era para mí un ideal de marido. Ahora, querido tío, creo que me voy á quedar para vestir santos. Ea, marchémonos, la ausencia será tal vez saludable á mi corazón.

Efectivamente, se marcharon; pero Elisa no recobró más su alegría ni su risa infantil; el tío maldecía á Enrique que no quería á su sobrina, y la hacía sufrir tanto.

Por su parte, Lareda ya no vivía, se lo pasaba calculando día y noche:

—Hoy no he tomado rapé más que ocho veces, ayer doce; hay, pues, notable progreso; seguro que mañana no abriré mi tabaquera más que seis veces; pasado mañana cuatro, y á la vuelta de ocho días, ... camino de San Felipe, amante y regenerado!

Tal como lo dijo, fué.

Una bonita mañana de diciembre, Pablo recibió un paquetito y una carta. Decía la carta: "Este correo te llegará veinticuatro horas antes que yo." El paquetito contenía los menudos trozos de una tabaquera de laca.

¿Quién conoció la dicha ese día? ¿Quién corrió y recorrió la casa, cantó y bailó llena de gozo? Inútil decirlo, ya mi lectora lo ha adivinado.

Dos días después, Enrique pedía gravemente á Pablo y á su madre la mano de Elisa, y en dos meses más encontramos á los dos esposos soberbiamente instalados en su bonita casa de la calle de las Agustinas, un verdadero nido preparado por Enrique para su adorada mujercita.

## V

Es el cumpleaños de Enrique; el tío ha llegado la víspera; viene á festejar al buen amigo, al amante esposo, en un íntimo almuerzo. La gran fiesta de ceremonia es para la noche, con comida, baile, música y demás. Ahí están, pues, los tres; el tío, aspirando el agradable vaho de la cazuela de ave á la *campesina*, Elisa mirando maliciosamente á su marido, que confiesa la vanidad de creerse el hombre más venturoso de la tierra. Enrique va á extender su servilleta cuando, en medio de sus pliegues, descubre una joya maravillosa: una tabaquera de oro viejo, sobre cuya tapa están grabadas estas palabras en *exergo*: *La dicha que se tiene, es la dicha que se da.*

Elisa se levanta, y lo abraza diciendo:

—Está llena, ¡y te la doy con tanto placer!

—Jamás podré pagarte tamaña bondad, que me prueba tu ternura. Escucha, mujercita, y hagamos un convenio. Cuando nuestra luna de miel se concluya, tomaré rapé...

Diez años han transcurrido ya, y la tabaquera no ha sido abierta. Enrique y Elisa tienen una cáfila de chiquitines, seis, si mal no recuerdo. Los chicos contemplan con devoción esa cajita de oro que permanece siempre sobre el escritorio de papá y que no se abre nunca.

—Tata, dime lo que hay adentro, pregunta Lulo, el Benjamín interino de la casa.

—La felicidad, hijito, y como posee alas, la mantengo encerrada para que no se escape.

LODOISKA MAAPAKÁ.

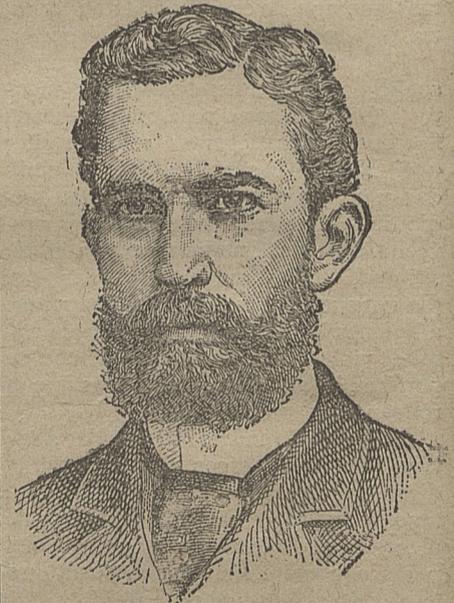
Santiago, 9 de diciembre de 1890.

## INGENIEROS FAMOSOS.

EL JEFE DEL CANAL DE NICARAGUA Y EL DOCTOR J. MUÑOZ TÉBAR.



DEBE ser de gran honor para Cuba el contar entre sus hijos al ingeniero jefe del canal de Nicaragua. Ir á un país extraño y ponerse entre los que van á su cabeza, no es dote de hombres vulgares. Entre todos los ingenieros que conocía el general McClellan, no halló en los Estados Unidos, ni aun después de la experiencia de la guerra, uno que pudiera ser jefe del canal de Nicaragua, sino el que en dos meses levantó en la Habana los planos é informes que todo un cuerpo galoneado no pudo en años reunir, —el joven perspicaz y sencillo que llevaba en la voluntad la grandeza y en el carácter, más que en el cuerpo, que era delicado y endeble,— Menocal el "cubano."



ANICETO G. MENCAL.

Han pasado 17 años, y el respeto mantiene hoy por común consentimiento la elección del general sagaz. Menocal ha luchado, sin escándalo ni pompa, y ha salido vencedor de los hombres y de la Naturaleza.

Porque su fama no se debe á un descubrimiento súbito, que el azar pone delante del que sabe aprovecharlo; sino al cúmulo de méritos, de ciencia y de energía, á la facultad de guiar hombres, y al poder mayor de salir en salvo de sus asechanzas.

\* \* \*

El original del retrato que sigue es el distinguido caballero doctor Jesús Muñoz Tébar, candidato á la presidencia de la república de Ve-